

Iglesia de oro: el cuerpo del edificio, que tenia una altura extraordinaria, era de figura octágona cercado de capillas y subterráneos; y el todo hecho en un anchuroso recinto que contribuía á realzar su magnificencia. Edificóse en Roma, en el palacio de Letran, la Iglesia del Salvador, llamada San Juan de Letran, á causa de su baptisterio, en el cual estaba la efigie de San Juan Bautista, y esta es la primera Iglesia de Roma, y la estacion de las mayores solemnidades. El Emperador dió á este baptisterio, en tierras y casas, cerca de medio millon de reales vellon de renta todos los años.

Edificó en Roma otras siete Iglesias, esto es, la de San Pedro en el Vaticano, en el lugar donde estuvo un templo de Apolo, y en memoria del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles: la de San Pablo, en el lugar de su martirio: la de la Santa Cruz, para honrar con la dignidad debida la porcion de la verdadera Cruz que Elena habia enviado de Jerusalem: la de Santa Inés con su baptisterio: la de San Lorenzo, fuera de la ciudad, en el parage de la sepultura de este Mártir: y la de los santos Mártires Pedro y Marcelino, en donde se sepultó Santa Elena. Edificáronse otras muchas en lo restante de la Italia, como en Ostia, en Alba, en Capua y en Nápoles; todas dotadas ricamente, tanto, que se hace á veces difícil el creer que un solo Príncipe pudiese soportar gastos tan extraordinarios.

Mas Constantino, tan sabio como religioso, no sacaba del tesoro público los fondos para hacer estas

obras piadosas; porque no ignoraba que el Estado no debe agotarse, ni aun por el bien mismo de la Iglesia que tiene tan estrecha union con el reposo público, con una superabundante liberalidad; y que la opulencia mas santa puede tropezar alguna vez en inconvenientes tan perjudiciales como la economía mal entendida. Pero la prudencia del Emperador sacaba recursos inmensos de los bienes confiscados en otra época á los fieles que habian muerto sin herederos; de las rentas de los templos de los ídolos que consagraba al culto del verdadero Dios, creyendo que no podia reparar de otro modo mejor una profanacion tan temeraria; y por fin de la supresion de los juegos profanos que causaban un grande gasto al Imperio. Abolió los juegos de los gladiadores en Oriente, queriendo que los que fuesen condenados á ellos por algun delito, se empleasen con mayor utilidad en el trabajo de las minas.

70. No perdía ocasion de desacreditar la idolatría por otra parte, la que se habia propuesto desterrar, pero sin violencia y sin esponer los pueblos á discusiones ni disturbios. Estaba en Cilicia el famoso oráculo de Apolo, del cual tomó motivo el celoso Soberano para convencer á sus súbditos del abuso que se hacia de su propia confianza: mandó arruinar el templo, y se encontraron huesos y calaveras que habian servido para las operaciones mágicas de los sacrificadores homicidas, con envoltorios de trapos y de paja que llenaban los huecos de los ídolos agigantados en donde se ocultaban aquellos infames impos-

tores. Mas en ninguna parte se descubrió el dios que decian pronunciaba los oráculos, ni genio, demonio ó fantasma espantoso alguno, como se persuadian: y no hubo lugar por secreto que fuese, ó caverna tan oscura ni tan profunda, á donde no penetrasen los oficiales del Príncipe y los soldados; de manera que los pueblos principiaron á abrir los ojos respecto á la impostura de sus sacerdotes y á los horrores de sus supersticiones. En Heliópolis de Fenicia, ciudad consagrada á Venus, las mugeres de sus sacrificadores y adoradores eran comunes entre todos ellos; y la mejor parte del derecho sagrado de hospitalidad consistia en prostituir sus hijas á los pasajeros. Prohibió rigurosamente estas leyes infames el piadoso y casto Emperador; y para aplicar un remedio mas cierto á este desórden, instó eficazmente á los habitantes á que reconociesen al Dios de toda pureza; y además hizo edificar una grande Iglesia para esta ciudad que nunca la habia tenido, y puso en ella un Obispo con un crecido número de Ministros.

Habia en las montañas del Líbano, cerca del rio Adonis, otro templo de Venus, ó mejor diremos, otra escuela de liviandad, que mandó asimismo arruinar. Mandó tambien destruir hasta los cimientos del famoso templo que Esculapio tenia en Egea, en Cilicia; de modo que no quedó el menor vestigio de él. Atribuían en Egipto los idólatras al dios Serapis las fecundas inundaciones del Nilo; porque se guardaba en el templo de aquel ídolo la columna que servia para medirlas. Trasladáronla á la Iglesia grande de Alejan-

dria; y los Paganos publicaron que el Dios indignado impediria que saliese de madre el rio: pero como se vió que este continuaba fertilizando las campiñas como antes, los temores y presagios se convirtieron en vergüenza y descrédito del simulacro y de sus sacerdotes. Hizo quitar el Emperador las puertas y los techos de los templos; en muchas ciudades sacó las estátuas y los ídolos de los santuarios mas respetados y los dejó en las plazas públicas, para que la familiaridad escitase el desprecio que merecian en realidad.

Avisaron del Oriente al Príncipe, que contiguo á la famosa encina de Mambre, en Palestina, donde el Patriarca Abrahan habia egercitado la hospitalidad con tres ángeles, degenerando la fe en supersticion, se habian erigido diversos ídolos, á los que se inmolaban sacrificios. Se celebraba todos los años en aquel lugar una gran feria á diez leguas de la ciudad santa, y concurría á ella un número prodigioso de comerciantes de todas naciones y religiones, que honraban á sus dioses cada uno á su modo. Acudían las mugeres lo mismo que los hombres, y se presentaban vanagloriándose de sus trages y gracias naturales. Mas sin embargo se afirmaba que aunque se confundian y mezclaban sin distincion las personas de ambos sexos, el respeto del sitio y el temor de la venganza del cielo impedían el desórden y todo comercio impuro. Menos crédulo el Emperador, se horrorizó de solo oír el riesgo á que se esponian aquellas gentes; escribió á los Obispos de Palestina, que le admiraba su negligencia en sufrir esta profana amalgama;

y despues mandó quitar los ídolos , echar por tierra los altares de las falsas divinidades , y edificar en el mismo sitio , despues de haberlo purificado , un templo magnífico en donde se diese culto solamente al Dios verdadero. Encargóse al Conde Josefo , Judío de origen , la egecucion de estas órdenes , el que se convirtió de un modo muy digno de referirse.

71. Era natural de Tiberiades este Israelita famoso por los beneficios que debió á la gracia del Señor , y ocupaba uno de los primeros puestos cerca del Patriarca de su nacion , que así llamaban entonces al gefe ó cabeza de aquel pueblo disperso (1). Envió á buscar al Obispo de Tiberiades , estando el Patriarca próximo á morir , con un motivo fingido , pero con el designio verdadero de que le bautizase , como en efecto le bautizó el Obispo , despues de haber reconocido y perfeccionado las disposiciones del Judío. Josefo , á quien habian mandado salir del cuarto del enfermo , como á todos los demás testigos que podian incomodar , miró por un resquicio de la puerta y observó con cuidado cuanto se hacia. Murió el Patriarca , y se pasaron muchos años sin que Josefo correspondiese á la gracia que durante este tiempo no le dejó jamás la conciencia tranquila. Leía muy á menudo los Evangelios de San Juan y de San Mateo , ó los hechos de los Apóstoles , que la Providencia hizo que cayesen en sus manos como casualmente. Apareciósele en sueños el mismo Salvador , exhortóle á creer en su nombre , y le dijo : *yo soy Jesus á quien*

(1) *S. Epiphani. Hæres. 30. num. 5.*

*crucificaron tus padres.* Pero ni aun por esto cedió á las divinas inspiraciones ; y le sobrevino una grave enfermedad , de la que no se esperaba que saliese. Díjole al oido en el curso de ella un doctor Judío , aunque de los mas celoños por la ley judáica : *Jesucristo Hijo de Dios , que ha sido crucificado , es el Juez que ha de sentenciar tu causa.* Los Judíos , muchas veces , por una confesion práctica á favor del cristianismo , usaban de tales fórmulas para curar sus dolencias. El Salvador se le apareció la misma noche por segunda vez á Josefo , y le reprendió su ciega infidelidad ; pero él recobró la salud y no se convirtió.

Vivia en Tiberiades un hombre poseido de los demonios , cuyo frenesí le estimulaba á correr muchas veces desnudo por las calles. Josefo instruido por la lectura del Evangelio del poder de Jesucristo , quiso hacer la esperiencia en el energúmeno , y con este objeto le mandó llevar á su casa. Hizo sobre él la señal de la cruz , diciendo : „yo te mando , espíritu maligno , en nombre de Jesus de Nazareth que ha sido crucificado , que salgas del cuerpo de este infeliz ;” y al punto sanó el energúmeno. Hizo este milagro una impresion extraordinaria en toda la ciudad : pero Josefo no dejó de continuar en su infidelidad. Al fin los golpes del rigor y de la tribulacion obraron en aquella alma inflexible , bien que predestinada para la luz del Evangelio , que se habia resistido á tantas inspiraciones de la misericordia de los cielos , lo que ni las visiones ni los milagros habian podido lograr.



Mostrábase Josefo siempre celoso por la disciplina judaica, á pesar de sus deseos ineficaces de convertirse, de modo que se grangeó las sospechas, y poco despues la malevolencia de sus hermanos. Estos, con la mira de darle que sentir, observaron escrupulosamente todas sus acciones, y le sorprendieron un dia leyendo en el Evangelio, lo que era un delito imperdonable segun ellos. Echaron pues mano al libro y al lector, arrastraron á este por el suelo con la mayor brutalidad, y le condujeron con violencia á la Sinagoga, donde fue azotado: pero llegó á poco rato el Obispo, y le libertó de las manos de sus verdugos. Otra vez los Judíos encontrándole en un viage que hacia á Cilicia, lo tiraron en el rio Cidno, en donde creyeron que se habia ahogado: libróse tambien como por milagro; y entonces fue cuando convencido por tan multiplicadas señales de la clemencia divina, pidió y recibió el bautismo. Además del lugar distinguido que habia ocupado entre los Judíos, su fe y su mérito personal le merecieron la benevolencia del Emperador Constantino, quien le condecoró con el título de Conde, y le encargó honrosamente edificar Iglesias en Mambre, en Tiberiades, y en otras plazas de la Palestina, en donde los Judíos no habian permitido hasta entonces mezcla alguna con los extranjeros. Halló Josefo en el desempeño de su comision indecibles obstáculos, y no pudo cumplirla del todo, porque los Judíos se valieron hasta de los artificios de la magia, para impedir sus piadosos intentos. Le avisaron de que los Judíos con sus encantos

apagaban el fuego de los hornos de cal, cuando estaban levantando la Iglesia de Tiberiades: acudió al instante, y llenando un vaso de agua, hizo con el dedo la señal de la cruz sobre el vaso, diciendo: *en el nombre de Jesus Nazareno, clavado en la cruz por mis padres y por los de esta ciega muchedumbre, que adquiriera esta agua la virtud de burlar los encantos del infierno, y restituya al fuego de la tierra su natural actividad.* Dichas estas palabras, tomó en su mano el agua que bendijo de aquel modo, y roció con ella los hornos; al momento el fuego principió á arder de nuevo con tan extraordinaria voracidad, que todos los espectadores gritaron á una voz: *el Dios Todopoderoso es el que asiste á los Cristianos.*

72. El cristianismo por estos medios hacia cada dia nuevos progresos; pues si la esperanza de alcanzar el favor de Constantino atraía á algunos infieles, muchos mas eran los que se convertian por las lecciones y egemplos de los santos Obispos y piadosos solitarios, y por las reflexiones sólidas que era fácil hacer acerca de la vanidad é impureza de las supersticiones idólatras, y sobre la virtud y sublimidad de la doctrina Evangélica. Declarábanse ciudades y pueblos enteros en favor de nuestra santa Religion; y se les vió destruir por sí mismos los ídolos, arruinar sus templos ó transformarlos en Iglesias. Los habitantes de Mayuma, á saber, del puerto de Gaza en Palestina, abjuraron todos de una vez sus antiguas supersticiones; lo que causó al religioso Emperador un contento mas completo, cuanto menos esperaba esta

mudanza de parte de un pueblo al que pocos igualaban en su apego á la idolatría: y para mostrarles su satisfaccion transformó aquella plaza en ciudad, y la llamó Constanza, del nombre del hijo que mas amaba. Por otra razon semejante dió el nombre de Constantina á una ciudad de Fenicia.

Mas el celo de Constantino no se encerraba dentro de los límites del Imperio, pues por su solicitud y beneficios penetró el cristianismo hasta las naciones mas remotas y bárbaras. Profesábanlo ya los habitantes de las inmediaciones del Rhin, y era conocido en las provincias de la Galia mas retiradas hácia el Océano. Abrazándolo por el propio tiempo los Godos y otros bárbaros vecinos al Danubio, habian contraido ya costumbres mas arregladas, y sobre todo mas suaves. Principiaron estos á convertirse en las incursiones que hicieron en tiempo de los Emperadores antecedentes; sus prisioneros hacian la virtud respetable á los vencedores, é instruyéndolos, formaban todos los dias nuevas Iglesias. Tirídates, Príncipe de los Armenios, que se hizo Cristiano en virtud de un milagro obrado en su casa, estimuló á sus súbditos á que profesasen la misma Religion; y desde allí se esparció el cristianismo por el Osróene, y por la Iberia, y llegó hasta el seno del vasto reino de los Persas (1).

73. Los Iberos moraban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio en un gran territorio, que hoy llamamos el Gurgistan. Entre los prisioneros de guerra que hicieron, se halló una jóven Cristiana de grande be-

(1) Euseb. lib. 4. hist. cap. 8.

lleza, pero de una virtud aun mas notable, y con la entereza necesaria para hacerse respetar de aquellos bárbaros. Retirada cuanto podia en la mas rigurosa soledad, pasaba en oracion todo el tiempo que quedaba á su arbitrio, y nunca hablaba con nadie si no le preguntaban. Algunas veces la decian ¿cuál era su esperanza ó pretension en semejante manera de vida? Y entonces respondia: *sirvo á Jesucristo, mi Dios, porque estoy muy cierta de su liberalidad en recompensar á sus adoradores*; y nada de este mundo era bastante para alterarla, ni aun casi distraerla. Entre aquellos bárbaros hotentotes y que no tenian médicos, se acostumbraba cuando habia algun niño enfermo llevarlo de casa en casa, por si hallaba alguna persona experimentada que pudiese curarlo. La egemplar conducta y Religion de la jóven estrangera, que se habia adquirido gran celebridad con el nombre de la Hermosa Cautiva, escitaron el deseo de hacer una prueba de su virtud; y una madre la llevó su hijo que estaba enfermo gravemente. Ella respondió: *ningun remedio humano conozco que pueda hacer lo que me pides: pero el Dios que adoro restituye cuando le placè la salud á los enfermos mas desamparados*: y poniendo sobre su lecho al niño, despues de haber estendido en él su cilicio, pasados algunos momentos lo entregó perfectamente sano á su madre. Divulgóse por la ciudad este prodigio, y llegó á noticia de la Reina, que padecia un mal muy doloroso. Mandó pues que la llevasen á casa de la Cautiva, la que la estendió, como al niño, sobre su

cilicio, y por la invocacion del nombre de Jesucristo, la volvió la salud del mismo modo que á aquel, dándola al mismo tiempo ciertas nociones del Médico Supremo á quien debia su curacion, y ponderando la dicha inefable que alcanza el que le sirve dignamente.

Así que tuvo tan agradable noticia el Rey, no halló medio mejor de mostrar su reconocimiento, que enviando á la cautiva los mas ricos presentes. Pero la Reina, que ya estaba iniciada en los principios sublimes del evangelio, le dijo: „no es oro ni plata lo que necesita mi bienhechora, desprecia todo lo de la tierra; las alabanzas y las distinciones la constriñan; la vida regalada la espanta; el ayuno es su mas sabrosa comida; y el solo placer que podemos darle es adorar al Dios Todopoderoso que ha invocado para restablecerme.” El Rey dió esperanza de que así lo haria; pero descuidó de llevarlo á efecto, y el tiempo fue borrando poco á poco la memoria del beneficio, por mas que la piedad agradecida de la Reina se lo recordase mas á menudo, juntamente con sus promesas.

Pasado poco tiempo, estando el Príncipe cazando, y viéndose en un grande peligro, hizo voto dentro de sí mismo, sin proferir palabra alguna, de que si el Dios de la cautiva le sacaba de aquel peligro, abandonaría á todos los dioses y adoraría á él solo. Fue efectivamente libertado, y cumplió su palabra; y llamando al punto á la Cristiana, la pidió le instruyese en el modo de servir á Jesucristo; lo que

practicó ella en cuanto lo permitia su capacidad. Rey y Reina desde entonces se transformaron en dos Apóstoles, tanto de su corte como de toda la nacion; y se dedicaron á instruir cada uno á los de su sexo. Edificóse una Iglesia conforme al plan que trazó la Cautiva, y por consejo de la misma se despachó una embajada á Constantino, pidiendo enviase á aquel país predicadores evangélicos. No hubiera causado tanta satisfaccion al Emperador la conquista de un nuevo Imperio; mandó marchar al instante un Obispo y varios Sacerdotes, para consolidar aquella cristiandad naciente, obra casi increíble de una pobre Cautiva, pero sostenida por los testimonios mas respetables. Rufino uno de los historiadores antiguos que la cuentan, dice haberla oído al Rey Bacurio (1); el que despues de haber reinado en aquella nacion, logró ser conde de los Domésticos entre los Romanos, á saber, mayordomo mayor de la casa del Emperador, y duque de los límites de Palestina.

74. Nos ha transmitido el mismo autor el modo no menos maravilloso con que San Frumencio, Apóstol de los Abisinios, estableció la fe entre ellos. Penetró un filósofo de Tiro, llamado Mérope, por mera curiosidad, hasta el interior de Etiopia, y le mataron aquellas gentes, en odio de los Romanos con quienes estaban en guerra. Este filósofo llevaba consigo dos jóvenes parientes suyos, Edeso y Frumencio, con ánimo de instruirlos desde sus primeros años en el arte de conocer á los hombres. Hallaron los

(1) *Rufin. hist. lib. 1. cap. 9.*

asesinos de Mérope debajo de un árbol á estos dos niños diciendo su leccion: su edad y su inocencia desarmaron á los homicidas, y los llevaron á presencia de su Rey, el que hizo á Edeso su copero, y á Frumencio que mostraba mas talento, su secretario. Despues de su muerte, la Reina, que gobernaba el reino mientras la menor edad de su hijo, honró con la misma confianza á estos estrangeros, que ya entonces eran hombres provecos. Y pidiéndole permiso para volver á su patria, les instó á que la ayudasen á llevar el peso del gobierno, hasta que su hijo estuviese en disposicion de reinar. Todo este tiempo lo empleó Frumencio en proteger á los Cristianos que llegaban á aquel reino, y en levantarles Iglesias. Por fin, así que el jóven Rey cumplió la edad que se requería, Frumencio, despues de dar una cuenta sumamente exacta de su administracion, pidió y obtuvo la competente licencia para regresar á su pais.

Quando se vió en territorio Romano, lo primero que hizo fue participar al Obispo de Alejandria todos los conocimientos que adquirió concernientes á la region de los Etiópes, la que tenia motivos mas especiales de cultivar aquel Prelado, así por su preferencia como por la situacion de su Silla. Refirió él mismo al santo Obispo Atanasio los progresos extraordinarios que hacia la fe en aquella tierra inculta, pidiéndole enviase un Pastor á tantos neófitos y á aquellas Iglesias dispuestas á recibir la verdad. ¿Y, quién, respondió el sabio Atanasio, sostendrá mejor y con

mas dignidad esta grande obra que el promotor de ella?" Luego empleó toda la uncion de su divina elocuencia para inspirar un nuevo celo á aquel hombre que apenas habia puesto los pies en su patria, despues de deseirla tanto tiempo. Frumencio obedeció á la voz de Dios, que le hablaba por boca del Patriarca; y habiéndole ordenado Obispo Atanasio, le envió lleno de la gracia que acababa de concederle con la imposicion de las manos, asociándole al mismo tiempo muchos eclesiásticos tambien celosos, y dándoles á todos los medios necesarios para seguir la obra del Señor. El santo misionero con su uncion y con el don de milagros que Dios proporcionó á las necesidades de una mision tan interesante, convirtió una multitud de Abisinios ó Etiópes.

75. Tomaba el Emperador el mas grande interés en todos estos establecimientos, informándose y mirando como la materia mas árdua y negocio propio cuanto podia estender la fe entre todas las naciones. En el reino de Persia habia ya gran número de Iglesias; bien que tenemos pocos conocimientos exactos sobre este punto, ya por falta de escritores en aquellos pueblos, ó ya por el poco trato que tenian con los Romanos. Mas el Emperador Constantino no omitía cosa alguna para enseñar é imponer el suave yugo de Jesucristo á aquellos pueblos que odiaban el de Roma. Convino inmediatamente el Emperador en un tratado de alianza que le habia propuesto el Rey Sapor, y le envió presentes espléndidos; pero le escribió al propio tiempo una elocuente carta ponde-